

Creed a sus profetas

Ver. 18/11/2015 Trr 20151121

“Se me ha mostrado que la incredulidad en cuanto a los testimonios ha estado aumentando gradualmente a medida que el pueblo va desviándose de Dios. Es algo que ha penetrado nuestras filas y que se ha extendido por todo el campo. Pero muy pocos conocen lo que nuestras iglesias han de experimentar. Vi que en la actualidad estamos bajo la clemencia divina, pero nadie sabe por cuánto tiempo más será así. Ninguno conoce cuán grande ha sido la misericordia de que hemos sido objeto. Muy pocos se dedican a Dios de corazón. Hay solamente unos pocos que cual estrellas en una noche tormentosa brillan aquí y allá entre nubes” (*Testimonios para la iglesia V, 75-76*).

Nos sorprendemos por la respuesta negativa de los judíos ante el mensaje que el Señor les enviaba mediante su profeta Jeremías. ¡El mensaje del profeta nos parece tan claro! Pero el Señor también nos ha hecho llegar mensajes claros mediante el Espíritu de profecía, como el que acabamos de leer. ¿Estamos haciendo más caso a la palabra del Señor transmitida por el Espíritu de profecía en su manifestación en E. White, de lo que hicieron los judíos con Jeremías en su día?

¿Recordáis el episodio de Elías en el Carmelo? Llegó un momento en que aquella tibia indefinición resultaba insoportable para el pueblo de Israel, y ciertamente abominable para Dios.

“Acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él” (1 Rey. 18:21).

Se imponía tomar una decisión clara y categórica en relación al Señor, aceptándolo o rechazándolo, al aceptar o rechazar la forma en que él escogió comunicarse con su pueblo mediante sus profetas. En el Carmelo, la fidelidad o infidelidad a Dios se demostró en estrecha relación con el respeto y aprecio al mensaje dado por su profeta Elías.

Hoy tenemos ante nosotros una crisis parecida.

A. El tema de esta mañana es la AUTORIDAD e INSPIRACIÓN de los escritos de E. White: su relación con la Biblia.

La fidelidad a Dios del pueblo de Israel se ha podido medir siempre por su fidelidad a los profetas por él enviados. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué hemos hecho con E. White? ¿Qué estamos haciendo?

La palabra clave aquí, es: AUTORIDAD. El asunto no es si E. White recibió visiones, si fue mensajera del Señor, o si escribió libros útiles para el crecimiento espiritual. Eso es mayoritariamente aceptado entre nosotros, al menos de forma nominal. La cuestión es *qué autoridad tienen sus escritos*. ¿Tienen la autoridad del Espíritu Santo, o no la tienen? Si tienen la autoridad del Espíritu Santo, ¿podemos rechazar sus escritos sin rechazar al Espíritu Santo? ¿Podemos ignorarla sin ignorar al Espíritu Santo? ¿Qué os parece?

En un seminario adventista se hizo una encuesta informal, que consistía en un test sobre cinco afirmaciones relativas a cómo actúa la inspiración profética y cómo nos transmite su mensaje el profeta. Sólo una respuesta era la correcta.

Os transcribo esta, que me parece una afirmación válida sobre la revelación profética, a la luz de lo que la propia E. White explica en *Mensajes selectos I, 21-29* y en la página 14 del Conflicto de los siglos:

“Creemos que la luz dada por Dios a sus siervos es para iluminación de la mente, para impartir los pensamientos, y no (excepto en casos raros) las palabras exactas en las cuales la idea debiera expresarse” (Acuerdos de la Asociación General; *Review & Herald*, 27 noviembre 1883).

En relación con esa respuesta correcta, un tercio de los encuestados estaba de acuerdo, un tercio la rechazaba, y el resto no estaba seguro o no sabía.

Otro estudio estadístico realizado el año 2010 en Estados Unidos constató que sólo el 17% de la población adventista lee habitualmente a E. White. No sólo eso: la mayor parte de sus lectores habituales se encontraba en una franja de edad por encima de los 65 años.

Parece que tenemos un problema. Recordad, hemos leído: “Se me ha mostrado que la incredulidad en cuanto a los testimonios ha estado aumentando gradualmente a medida que el pueblo va desviándose de Dios”.

En Estados Unidos, igual que en España y Latinoamérica, tenemos disponibles la gran mayoría de los libros publicados de E. White. No es que sus libros nos resulten inaccesibles: Es que *hemos escogido no leerlos* (y no citarlos, y no compartirlos).

Dejemos aquí por ahora el asunto y dirijamos nuestra atención al mundo cristiano fuera del adventismo.

Si vais a cualquier seminario teológico, encontraréis bibliotecas con estanterías llenas de libros dedicados a un tema: la “búsqueda del Jesús histórico”.

Suena muy bien. ¿De qué se trata? ¿A qué dedican su vida teólogos comprometidos con esa búsqueda, la búsqueda del Jesús histórico?

Afirman que cuando leéis Biblia, por ejemplo los evangelios, encontráis una combinación de relatos acerca de Jesús: Algunos de esos relatos sucedieron realmente, pero junto a ellos hay otros que *nunca tuvieron lugar*, y que fueron *añadidos* un siglo o más tarde con la intención de engrandecer la figura de Jesús.

Es decir: Según ellos, algunos relatos reflejan lo que realmente dijo e hizo Jesús: sus parábolas, sus milagros, etc; pero otros no tienen nada que ver con la realidad, sino que alguien los añadió con posterioridad pretendiendo que habían formado parte de la historia real, sin que fuera así.

Dividen así la Escritura entre (1) “el Jesús histórico”, y (2) “el Cristo de la fe”, proponiendo una distinción entre lo que Cristo hizo realmente, y la *adición mitológica* posterior a la historia real de Jesús: eso que llaman “el Cristo de la fe”.

Hay actualmente una comisión que se llama “The Jesus Seminar”. Existe desde 1985, y está compuesta por unos 150 teólogos de diversas denominaciones. Se reúnen dos veces al año, y deciden por votación qué dichos de Jesús son auténticos y cuáles no lo son.

En cierta ocasión se dijeron: ‘Veamos dónde podemos alcanzar un acuerdo unánime a propósito de cuáles son las enseñanzas y relatos de Jesús que fueron auténticos’. Eligieron el evangelio de Marcos (el más corto). Sólo alcanzaron el acuerdo unánime en una frase. ¡Una sola frase en todo el evangelio según Marcos! Repitieron lo mismo con el libro de Juan (escrito mucho tiempo después que el de Marcos): En todo el evangelio según Juan no hubo ni una sola frase de cuya autenticidad o historicidad estuvieran todos de acuerdo.

Ahora, si preguntáis a cualquiera de ellos: ‘¿Cree usted en la Biblia como siendo la Palabra de Dios?’ Su respuesta será: ¡Por supuesto! ¡He dedicado mi vida a la Palabra! ¡Creo que es la Palabra de Dios!

Pero si les preguntáis: ¿Hay partes de la Biblia que no son Palabra de Dios, que no son auténticas, que no son verdaderas?, os contestarán: ‘Por supuesto que las hay; a eso dedicamos nuestras vidas: a determinar cuáles son verdaderas y cuáles no’.

Una buena parte del cristianismo ha venido haciendo eso con el libro de Génesis, particularmente con sus primeros capítulos. Niega la creación y niega la realidad del diluvio universal (que es incompatible con la evolución). Ese cristianismo escolástico postmoderno se ha sentido autorizado para decidir qué partes del relato bíblico son reales, y qué partes mitológicas: simples leyendas.

Esa teología que despedaza e invalida la Biblia mientras hace profesión de defenderla, ha sido la corriente mayoritaria por más de un siglo. Ellos lo autodenominan el ‘método histórico-crítico’ de estudio de la Biblia. E. White se refirió a ese método como “alta crítica” (*higher criticism, Los hechos de los apóstoles*, 378). Esa descripción aparece unas 13 veces en la literatura de E. White (unas 6 o 7, descontado las repeticiones).

Para esos teólogos, ¿es la Biblia *realmente* la autoridad?, ¿o bien *son ellos* la autoridad por encima de la Biblia?

¿Veis lo que sucede? Para ellos la Biblia ya no ocupa la posición más elevada. Su mente ha tomado el lugar prioritario, por encima de la Biblia, de forma que se sienten libres para decidir qué partes son genuinas y qué

partes son ficción en ella. La Biblia ya no es la autoridad: la mente humana la ha desplazado como autoridad final.

Volvamos a E. White.

B. LA REGLA DEL 100%

No podéis juzgar a E. White como me podéis juzgar a mí, o a cualquier otro predicador que os da un mensaje espiritual.

Lo que podéis decir sobre mí legítimamente, con absoluta corrección, es que la mitad de lo que digo está bien, pero la otra mitad, o el 30, o el 70% es basura. ¡Lo podéis decir! ¿Sabéis por qué? –Porque yo carezco de autoridad. Tengo “0 autoridad”. No os vais a salvar o perder dependiendo de lo que yo os diga. Todo cuanto tengo yo es este libro –la Biblia-, el mismo que vosotros tenéis. Todo cuanto hago, ahora, o cada vez que un predicador os dirige la palabra, es decirnos virtualmente: ‘Esta es la forma en que yo entiendo este libro; esto es lo que yo deduzco a partir de él; ved si eso os ayuda de alguna forma, o si quizá os despierta o aumenta el interés, si os hace reflexionar, si os anima, si os consuela. Así es como yo entiendo tal tema de la Biblia; ahora es vuestra labor comprobar si estas cosas son así, si estoy en la verdad, o si estoy en el error’, y lo hacéis comparando el mensaje con la Biblia. Podéis decir: ‘Está bien al 30%, al 60%...’ Es vuestra elección. Lo podéis hacer legítimamente con cualquier pastor, predicador, teólogo, evangelista, autor de un libro o artículo, maestro o profesor. Ninguno de nosotros tiene *la* autoridad.

El “escrito está” es nuestra autoridad. Ante la Palabra, todos estamos a un mismo nivel: todos nos sometemos a una misma autoridad, que no pertenece a ninguno de nosotros, sino que está por encima de nosotros.

Así pues, oís pacientemente la predicación y decidís qué hay en ella de positivo y qué de equivocado. Y os quedáis con lo bueno.

¿Podéis hacer eso mismo con alguien elegido por Dios como su profeta? ¿Podéis decir: ‘La mitad de lo que dice está bien, y la otra mitad es basura’? Si es así, entonces, ¡no tenemos profeta!

Eso es debido a que el profeta no *interpreta* la palabra de Dios (eso es lo que yo hago); el profeta *da* la palabra de Dios. El profeta tiene una misión diferente a la mía, a la del resto de nosotros.

Yo intento transmitir *lo que el Libro me dice a mí*; pero el profeta transmite *lo que Dios le dice a él (o a ella)*.

El profeta está en un nivel diferente, y has de aceptar al profeta al 100%, o bien al 0%. Veamos por qué:

Observad lo que pasaba con Jesús: Él no podía ser *simplemente* un maestro bueno. Dado que se declaró a sí mismo Hijo de Dios, o bien *era realmente* el Hijo de Dios, o bien *era un gran engañador*. Si no hubiese sido lo que declaró que era: el Hijo de Dios, no podía ser una buena persona, y aún menos un “maestro bueno”.

Eso sucede también con un profeta: Uno que no pretende haber recibido revelaciones de Dios, puede ser un excelente cristiano y puede dar mensajes muy edificantes. Pero alguien que afirma: “Vi que”, “se me mostró...”; o bien es realmente así y se lo debe aceptar al 100%, o bien es el colmo de la falsedad y se lo debe rechazar. De ninguna manera puede dar buenos consejos ni contribuir a la edificación del cuerpo de Cristo, si es que Dios no le ha dado el mensaje y opera bajo una pretensión falsa.

“¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él”.

Pero esa regla del 100% o del 0% nos resulta *incómoda*. Nos gustaría tener un cierto margen de maniobra, porque en ocasiones el profeta mete el dedo directamente en la llaga, en nuestra llaga personal, y no resulta agradable. Nuestra reacción natural es pensar que quizá en ese punto que nos contraría, E. White no esté inspirada por Dios, sino que esté expresando sólo su opinión personal. Ahora bien, no queremos rechazarla por completo, y con esa actitud lo que estamos haciendo no es sólo engañarnos a nosotros mismos, sino que además estamos participamos en el engaño, pues otros pensarán que aceptamos el don profético y se sentirán influenciados a “aceptarlo” de la misma forma que nosotros: *falsamente*.

Quisiera que prestaseis ahora atención, no a lo que alguien pueda decir sobre E. White, sino a lo que ella afirma sobre sí misma. Se trata de analizar cómo se relacionan con la Biblia sus escritos, en términos de *inspiración y autoridad*.

E. White habla aquí sobre ella misma en tercera persona:

“La hermana White no es la originadora de estos libros. Ellos contienen la instrucción que durante el período de su vida Dios le ha estado dando. Contienen la luz preciosa y consoladora que Dios ha concedido generosamente a su sierva para ser dada al mundo” (*El colportor evangélico*, 173).

“Podrías decir que esta comunicación era sólo una carta. Sí, era una carta, pero inspirada por el Espíritu de Dios para presentaros cosas que me habían sido mostradas. En estas cartas que escribo, en el testimonio dado, os presento lo que el Señor me ha presentado. No escribo un solo artículo en la revista que exprese meramente mis propias ideas. Son lo que Dios ha desplegado ante mí en visión: los preciosos rayos de luz que brillan del trono” (*Mensajes selectos I*, 31).

Se refiere aquí a tres categorías: libros, artículos y cartas (cartas, sobre todo en el vol. IX de Testimonios).

E. White es muy clara. Afirma: ‘Yo no soy la autora. Dios me lo ha transmitido a mí, y yo os lo transmito a vosotros’.

“O está Dios enseñando a su iglesia, reprendiendo sus errores, fortaleciendo su fe, o no lo está haciendo. La obra es de Dios, o no lo es. Dios no hace nada en sociedad con Satanás. Mi obra... lleva la estampa de Dios, o la del enemigo. No hay medias conclusiones en el asunto. Los Testimonios son del Espíritu de Dios, o del diablo” (*Testimonios para la iglesia V*, 654).

¿Es posible expresarlo con mayor claridad? ¡O es de Dios, o es de Satanás! No cabe una tercera vía.

¿Recordáis las primeras visiones que tuvo? Fueron episodios sobrecogedores. En alguna ocasión quedó tendida en el suelo durante más de una hora, sin respirar. Los que la rodeaban probaron toda clase de experimentos. No tuvieron mucha delicadeza. Le pinzaron la nariz y le taparon la boca. Le pusieron una vela encendida cerca de la nariz para ver si respiraba.

En cierta ocasión, mientras estaba en visión, permaneció en pie, levantando con su brazo una Biblia increíblemente grande y pesada. Sosteniendo en alto la Biblia, que quedaba fuera de su campo de visión, giraba las páginas y señalaba el lugar en donde se encontraba el texto concreto que estaba citando en cada ocasión. Algunos de los presentes, subiéndose en escaleras, quisieron comprobar si estaba señalando el texto exacto que recitaba, y así era siempre.

En esos días tempranos de su ministerio hubo demostraciones de que no se trataba de ningún fraude. No era ilusionismo. No había trampa. Era *sobrenatural*. Quedaba descartada la manipulación humana.

Pero lo sobrenatural tiene *dos* posibilidades, y a eso se refiere la cita de E. White que acabamos de leer. El hecho de ser sobrenatural no lo convierte automáticamente en verdadero. Nos queda una labor pendiente para discriminar, a la luz de las Escrituras, si eso sobrenatural es de origen divino, o si es de origen satánico.

La que sigue es una de las citas más importantes que vamos a leer:

“Muchas veces en mi experiencia he sido llamada a hacer frente a la actitud de cierta clase de personas que reconocieron que los testimonios eran de Dios, pero que tomaban la posición de que este asunto y aquel tema correspondían a la opinión y al juicio de la hermana White. Eso se acomoda a los que no quieren el reproche y la corrección, y cuando sus ideas son contradichas tienen ocasión de explicar la diferencia entre lo humano y lo divino.

Si las opiniones preconcebidas o las ideas particulares de algunos son contradichas al ser reprendidas por los testimonios, ellos sienten inmediatamente necesidad de hacer clara su posición para discriminar entre los testimonios, definiendo lo que es el juicio humano de la hermana White y lo que es la Palabra de Dios. Cualquier cosa que sostenga sus ideas acariciadas es divina, y los testimonios que corrigen sus errores son humanos: son las opiniones de la hermana White. Anulan el efecto del consejo de Dios con su tradición [Mar. 7:13; Mat. 15:6]” (*Manuscrito 16*, 1889; *Mensajes selectos III*, 75-76).

Esa “cierta clase de personas” que “anulan el efecto del consejo de Dios con su tradición” es aquella que afirma que E. White recibió visiones de Dios, que era una mensajera de Dios y una profetisa, pero se siente en libertad de determinar qué proviene de Dios y qué proviene del instrumento humano en sus escritos.

Volvamos a la Biblia por un momento: ¿Qué afirman los eruditos bíblicos de la “alta crítica” sobre la Biblia? – “La Biblia es la palabra de Dios”. Afirman eso, y sin embargo están anulando “el efecto del consejo de Dios con su tradición”, con su disección de la Biblia, con su dictamen acerca de qué es humano y qué es divino en ella. *Exactamente lo mismo* sucedía en los días tempranos del adventismo con los escritos del Espíritu de profecía, mientras E. White estaba en vida, y ahora quizá mucho más.

“Anular el efecto del consejo de Dios” no es tirar a la basura los libros de E. White. No es encender una hoguera en el patio y quemar sus libros. No es escribir un libro, como hizo Walter T. Rea a principios de 1980, titulado “La mentira White”, en el que la acusaba de ser mentirosa y plagiar lo que escribió. “Anular el efecto del consejo de Dios” es lo que sucede cuando los que manifiestan creer en el Espíritu de profecía, los que escriben libros apoyando el Espíritu de profecía, declaran su convicción de que estaba inspirada en la mayor parte de lo que escribió, *pero no en todo*.

A eso se refiere aquí E. White. Muchos que se dicen y creen ser defensores del Espíritu de profecía, “cuando sus ideas son contradichas” comienzan a relativizar y a racionalizar, o a negar.

Podemos emplear las mismas técnicas con las que los teólogos de la “alta crítica” dictaminan qué partes de la Biblia son ciertas y cuáles no, para determinar qué partes de los escritos de E. White son inspiradas y qué partes no.

E. White describe ese engaño como siendo el último engaño de Satanás. Consiste en afirmar que creo que sus mensajes vienen de Dios, *pero no todos ellos*: sólo los que me parecen razonables. Ya no es el Espíritu de profecía quien define el patrón. No es el Espíritu Santo quien está por encima: ¡Soy yo!

Sigamos leyendo al propósito:

“Tengo mi obra que hacer, para enfrentar los errores de los que se creen capaces de decir qué cosa es un testimonio de Dios y qué cosa es una producción humana. Si los que han hecho esta obra continúan en su conducta, las agencias satánicas escogerán por ellos...

Los que han ayudado a las almas a sentirse en libertad para especificar lo que es de Dios en los *Testimonios*, y lo que son palabras no inspiradas de la hermana White, hallarán que están ayudando al diablo en su obra de engaño” (*Mensajes selectos III, 77-78*).

“Algunos han asumido la actitud de que las amonestaciones, advertencias y reproches dados por el Señor mediante su sierva, a menos que vengan por medio de una visión especial para algún caso individual, no deben tener más peso que los consejos y amonestaciones de otras fuentes” (*Testimonios para la iglesia V, 664*).

“No quitéis por vuestras críticas toda la fuerza, toda la agudeza y poder de los *Testimonios*. No sintáis que podéis disecarlos para que se adapten a vuestras propias ideas, aseverando que Dios os ha dado capacidad para discernir lo que es luz del cielo, y lo que es expresión de simple sabiduría humana. Si los *Testimonios* no hablan según la Palabra de Dios, rechazadlos. No puede haber unión entre Cristo y Belial” (*Testimonios para la iglesia V, 671*).

“Si los *Testimonios* no hablan conforme a la Palabra de Dios, rechazadlos”. No rechacéis ese *capítulo*, no rechacéis esa *página*, no rechacéis ese *consejo*: rechazadlo enteramente. O es 100% de Dios, lo es al 0%.

“Por amor de Cristo, no confundáis a la gente con sofismas humanos y escepticismo, y no anuléis la obra que el Señor quiere hacer. No hagáis de este agente de Dios, por vuestra falta de discernimiento espiritual, una piedra de escándalo que haga tropezar y caer a muchos para que sean ‘enlazados, y presos’” (*Id.*).

C. Los profetas tienen ASIGNACIONES muy estrictas. Las dos principales son a cuál más formidable:

1. Has de presentar lo que Dios te diga, no importa cuán influyente pueda ser la persona u organización a quien va destinado el mensaje. No importa quién pueda sentirse ofendido, o cuánta amistad pueda unirte con

él. En ocasiones los destinatarios de los mensajes eran amigos personales y colegas en la obra del Señor, y darles aquellos mensajes significaba exponerse al más doloroso aislamiento y soledad, cuando no a la persecución.

¿Recordáis la historia del profeta Natán, cuando se le ordenó señalar a David su adulterio y homicidio? Entonces no había nada parecido a un tribunal supremo al que apelar. En esos días era el rey quien dictaba sentencia. Y no había demoras. Se te ejecutaba allí mismo. Natán puso su vida en peligro al llevarle aquel mensaje a David. A Dios gracias, David lo recibió positivamente y se arrepintió, pero no siempre ocurrió así en otros episodios de la historia sagrada.

¿Recordáis a Jeremías? En los días de Sedequías, Jeremías predicó un mensaje que Judá percibía como traición: ‘Rendíos. Someteos a los babilonios. Es la única forma en que podéis sobrevivir’. ¡Eso era traición! Lo percibían como hablar contra el pueblo de Dios. ¿Os imagináis que alguien proclamara ahora que nos hemos de someter a los terroristas, o a un país enemigo nuestro y enemigo de Dios, como única forma de sobrevivir? A Jeremías le costó ser lanzado a un pozo de lodo en el que se hundió. Habría perecido, de no ser porque alguien que apreciaba su mensaje tomó el riesgo de sacarlo de allí (Jer. 38).

2. ¿Cuál es la segunda asignación de un profeta? Casi es peor que la primera. Leamos:

“En los Testimonios enviados a Battle Creek le di a usted la luz que Dios me dio. En ningún caso he dado mi propio juicio u opinión. Tengo suficiente para escribir de lo que me ha sido mostrado, sin caer en mis propias opiniones” (*Mensajes selectos* III, 77).

Ved la siguiente declaración de E. White contenida en esta carta escrita por C. C. Crisler a E. E. Andross (1914):

“Yo no tengo luz sobre el tema [en cuanto a quiénes constituirán los 144 mil]... Dígame por favor a mis hermanos que nada me fue presentado con respecto a las circunstancias sobre las cuales ellos escriben, y yo puedo presentar delante de ellos solamente lo que me ha sido revelado” (*Mensajes selectos* III, 56).

Estando ya retirada E. White en Santa Elena, alguien vino a ella desde la región de los lagos con una cuestión: ‘¿Cuál debe ser mi obra para Dios en el futuro?’ Escuchad su respuesta:

“No me siento en libertad para escribir a nuestros hermanos con respecto a su obra futura... No he recibido instrucción relativa al lugar donde usted debe establecerse... Si el Señor me da instrucción definida concerniente a usted, se la entregaré; pero no puedo arrogarme responsabilidades que el Señor no me ha pedido que asuma” (*Id.*).

¡Qué respuesta, para alguien que había recorrido en tren casi tres mil kilómetros para pedir consejo a la profetisa! Raya en la rudeza...

¿No podía E. White, de acuerdo con su experiencia y habilidades adquiridas en toda una vida de ministerio, aconsejar a aquel hermano sincero? ¿No podía decirle: ‘Esto es lo que pienso que debería hacer’, ‘allí pienso que podría ir’?

¡De ninguna forma! ¿Estaba el hermano interesado en la opinión personal de alguien, respecto a su futuro? Si tal fuera el caso, ¡lo podía haber preguntado al pastor de su iglesia local! Lo que el hermano quería saber es la voluntad de Dios para él (todos querríamos saberla, ¿no es así?). Quería saber la voluntad de Dios sobre su futuro, y si E. White hubiera hecho la más mínima sugerencia ante la pregunta del hermano, él lo habría tomado como luz especial, como la palabra de Dios al respecto.

Así, la segunda asignación de un profeta es *guardar silencio* cuando Dios no le ha hablado. ¿Veis por qué es un alivio, no ser profeta? ¡Vosotros y yo podemos estar opinando todo el día!

La regla del 100% se refiere a cuando el mensajero transmite un mensaje espiritual de consejo, ánimo, amonestación, etc, a una persona, institución o iglesia. Es evidente que el profeta puede hablar o escribir sobre asuntos “comunes” (así los llamó ella: *MS I*, 44), y ciertamente tiene derecho a expresarse sobre asuntos pertenecientes a su esfera personal, como cuando escribió a su esposo: “Hace tanto tiempo que no tengo noticias tuyas, que me pregunto si aún estás vivo”.

Pero cuando habla en nombre de Dios a una persona, institución o iglesia, sólo puede expresar los conceptos de verdad que Dios le ha dado. ¡Es la única forma en que el profeta puede tener autoridad! Si lo mezclara con sus ideas personales, no habría autoridad alguna.

“A menudo me hallo en la posición en que no me atrevo a asentir ni a disentir con una proposición que me sea sometida, pues existe peligro de que cualquier palabra que hable pueda ser conceptuada como algo que el Señor me ha dado. No es siempre seguro que yo exprese mi propio juicio, porque a veces, cuando alguien desea llevar a cabo su propio plan, considerará cualquier palabra favorable que yo diga como una luz especial del Señor. Seré cautelosa en todos mis movimientos” (*Mensajes selectos* III, 67).

“No conviene que nadie deje caer una palabra de duda aquí y allí, que obre como veneno en otras mentes, sacudiendo su confianza en los mensajes que Dios ha dado, que han ayudado a colocar el fundamento de esta obra, y la han acompañado hasta hoy para reprochar, amonestar, corregir y animar. A todos los que se han interpuesto en el camino de los testimonios, diré: Dios ha dado un mensaje a su pueblo, y su voz será oída ya sea que la oigáis o la omitáis. Vuestra oposición no me ha dañado a mí, pero debéis dar cuenta al Dios del cielo que ha enviado esas amonestaciones e instrucciones para mantener a su pueblo en el camino recto. Tendréis que responder ante él por vuestra ceguera, por ser una piedra de tropiezo en el camino de los pecadores” (*Mensajes selectos* I, 48-49).

“Vi el estado de algunos que se adherían a la verdad presente pero que no hacían caso de las visiones –la forma que el Señor había escogido para enseñar, en algunos casos, a los que erraban en la verdad bíblica. Vi que los que atacaban las visiones no atacaban al gusano –al débil instrumento mediante el cual hablaba Dios- sino al Espíritu Santo. Vi que era una cosa pequeña hablar contra el instrumento, pero que era peligroso menospreciar las palabras de Dios” (*Mensajes selectos* I, 45).

El problema no está realmente en E. White, la mensajera. Si se hubiera cumplido la voluntad inicial de Dios en esta, su iglesia, hoy no estaríamos nombrando a E. White. Dios tuvo una primera elección, en relación con el remanente del tiempo del fin. ¿Recordáis su nombre? –William Foy.

William Foy dio estos mensajes por un tiempo, y por algún motivo que no conocemos bien, dejó de hacerlo para continuar con su obra pastoral entre los bautistas. ¿Qué hizo entonces el Señor? Recurrió a la opción nº 2: –Hazen Foss, un hombre de gran intelecto y educación.

Hazen Foss se negó repetidamente a presentar las visiones que el Señor le había dado, a pesar de diversas interpelaciones del Señor, quien le advirtió que si él se negaba, lo dejaría a su elección y escogería al débil entre los débiles. Cuando por fin Hazen Foss accedió, había pasado su tiempo de oportunidad, y se encontró en el púlpito sin recordar nada y sin ningún mensaje que dar. Los testigos presenciales calificaron aquella reunión como la más angustiada que recuerdan.

Años después, un día en que E. White estaba dando sus mensajes (entonces la jovencita Ellen Harmon), Foss estaba al fondo del auditorio escuchando sin que ella lo supiera. Al terminar se dirigió a E. White y le dijo: ‘Lo que has expuesto es exactamente lo que el Señor me mostró en visión. Si te negaras a dar ese mensaje, terminarás como yo: He perdido todo interés en las cosas del Señor; no tengo ningún deseo de santidad; soy un hombre perdido’.

Cuando Hazen Foss dijo ‘no’, ¿quién fue el siguiente en la lista del Señor? La elección nº 3. Y considerad la elección que hizo: Una mujer muy joven (17 años cuando tuvo su primera visión), ninguna educación formal, y una salud precaria. ¿No eligió Dios al débil entre los débiles? ¿Podéis imaginar los prejuicios que era de prever que existirían?

Ahora, ¿qué habría pasado si E. White hubiera dicho: ‘no’, como hizo Foss? ¿Qué creéis que habría hecho el Señor? ¡Habría elegido a algún otro, u otra! Y hoy no estaríamos nombrando a E. White.

¿Comprendéis por qué el problema no es cómo tratamos a E. White? –No. Es mucho más serio que eso: Es *cómo tratamos al Espíritu Santo*.

“Sin embargo, ahora cuando os envío un testimonio de amonestación y reprensión, muchos de vosotros decís que es meramente la opinión de la hermana White. De esta manera habéis insultado al Espíritu de Dios” (*Testimonios para la iglesia* V, 65).

No olvidéis esto: El Espíritu de profecía es el Espíritu Santo. ¿Qué responderemos ante Dios cuando nos pregunte por qué lo despreciamos y devaluamos ante los demás, por parecernos “anticuado”? ¿Por qué

anulamos “el efecto del consejo de Dios” mientras hacíamos profesión de creer en él? ¿Cómo defenderemos nuestra actitud de permitir que las nuevas generaciones adventistas no sepan virtualmente nada sobre el Espíritu de profecía ni le den importancia alguna? ¿Cómo responderemos cuando se nos pregunte qué hicimos en nuestra vida práctica con los testimonios que el Espíritu Santo nos dio?

Yo quiero vivir de toda palabra que sale de la boca de Jehová, venga esta de dónde venga. Y si Dios eligió a E. White y ella honró esa elección mediante una vida consagrada al don profético, pronunciaré ese nombre con agradecimiento y con delicia, y me atenderé a lo que Dios me transmita por su medio. El asunto no es su teología, sus opiniones, su formación o falta de formación previa, o la moral predominante en el tiempo en que vivió, sino qué mensaje me da Dios mediante ella, pues el Espíritu Santo que la inspiró está por encima de cualquier influencia personal, temporal o medioambiental.

Continuemos con el párrafo que habíamos dejado interrumpido:

“Vi que si ellos estaban en error y Dios quería mostrarles sus errores por medio de visiones, y ellos desdeñaban las enseñanzas de Dios por medio de visiones, quedarían abandonados para que siguieran sus propios caminos y corrieran en la senda del error y pensarán que estaban en lo correcto hasta que se dieran cuenta demasiado tarde. Entonces, en el tiempo de angustia, los oí clamar a Dios en agonía: ‘¿Por qué no nos mostraste nuestro error para que pudiéramos haber hecho lo correcto y hubiéramos estado listos para este tiempo?’ Entonces un ángel los señaló y dijo: ‘Mi Padre enseñó, pero no quisisteis ser enseñados. Habló mediante visiones, pero desdeñasteis su voz y él os abandonó a vuestros propios caminos para que estuvierais satisfechos con vuestras propias obras’” (*Mensajes selectos I*, 45).

D. “LUZ MENOR”

¿Habéis observado que los profetas, a veces, dicen cosas difíciles de comprender? ¿Habéis leído a Pablo recientemente? Pedro afirmó que hay cosas que escribió Pablo, que son difíciles de entender, y que los indoctos e inconstantes tuercen para su propia perdición, como las otras Escrituras (2 Ped. 3:16). Los profetas tienen ese “problema”, ya que escriben para situaciones específicas, y en otro ambiente u otra época puede resultar aún más difícil interpretar apropiadamente su mensaje. Pero el problema principal no es la dificultad en comprender la Palabra, sino nuestra falta de voluntad para estudiarla y someternos a ella. E. White escribió:

“Poco caso se hace de la Biblia, y el Señor ha dado una luz menor para guiar a los hombres y mujeres a la luz mayor” (*Mensajes selectos III*, 32).

Al leer: “luz menor”, ¿qué solemos pensar? –“De menor importancia, de menor autoridad, de menor inspiración. La “luz mayor” (la Biblia), es mayor; el Espíritu de profecía es menor’. Tal es la comprensión común.

Dios es la fuente de toda luz. Leemos acerca de Cristo: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. No hay verdad que no tenga su origen en él. Pero Dios escogió no hablar directamente a todos los seres humanos, sino que dispuso comunicarse con nosotros mediante representantes escogidos: los PROFETAS. Uno de los primeros fue Moisés. Moisés tenía que transmitir lo que Dios le decía a él. Ese es el método de la profecía. Así, Dios habló a Moisés, primer profeta del que tenemos un legado escrito, para sus contemporáneos y para las generaciones posteriores.

Si se hubiera cumplido la voluntad de Dios para su pueblo en lo antiguo, ¿cuán grande habría sido la Biblia? – Cinco libros (seis, si incluimos Job): -La Torá.

Si hubieseis podido pedir a una persona en los días de Isaías que os enseñara su Biblia, os habría mostrado la Torá: los cinco libros de Moisés. Esa era su Biblia. Esa era para ellos la Palabra de Dios autorizada. Los samaritanos, hasta el día de hoy, tienen su Biblia formada por la Torá: eso es todo cuanto aceptaron. No han aceptado ningún escrito profético posterior.

Durante unos mil años, la Biblia, para el pueblo de Dios, fue el Pentateuco. ¿Por qué no fue suficiente con eso? –Porque el pueblo no estaba siguiendo nada bien los escritos de Moisés (la Torá). Así, Dios tuvo que hacer un nuevo intento, y escogió hablarles mediante Isaías, Jeremías, Ezequiel y los demás profetas que encontramos

en el Antiguo Testamento. Esos profetas tenían que dar el mismo mensaje de Dios a su pueblo, tal como hizo Moisés en su día, pero ahora en diferente contexto, en diferentes formas y circunstancias.

El pueblo tenía ahora una tarea añadida: ¿Cómo creéis que habían de decidir si Isaías era un profeta verdadero, o falso? (Isa. 30:8-10). ¿Cuál era la vara de medida? –Era Moisés, el “Escrito está”, la “Biblia” de entonces. El profeta contemporáneo había de ser analizado a la luz de la Escritura. Esa era la autoridad. Y la Escritura de la que disponían eran los escritos de Moisés. Así es como se sometía a prueba a Isaías: comprobando su conformidad con la Escritura ya revelada con anterioridad (1 Cor. 14:32).

Así, cuando Isaías ejercía su ministerio profético, cuando recibía visiones y las escribía, ¿cuál era la luz mayor, y cuál la luz menor? –El Pentateuco era la luz mayor, e Isaías la luz menor, ya que era probado por Moisés. Isaías habría carecido de autoridad a menos que estuviera de acuerdo con Moisés. Él representaba la “luz menor”, en relación con los escritos de Moisés.

Ya conocéis la historia subsiguiente. Los que se decían seguidores de Moisés e Isaías, los que tenían toda esa información, acabaron crucificando a Jesús, el Dador de la vida y la profecía. ¿Se dio entonces Dios por vencido? –No. Se comunicó una vez más con su pueblo mediante Pablo y el resto de apóstoles que escribieron el Nuevo Testamento. Estos dieron su mensaje, y también tuvieron que ser probados. Pero ahora ya no solamente habrían de ser probados por Moisés, pues estaba compilado todo el Antiguo Testamento: ‘La Ley, los Profetas y los Escritos’.

¿Cómo se debía comprobar ahora si Pablo era un profeta genuino, o bien un falso profeta? ¿Qué dijo él mismo de los bereanos? –Más nobles que los de Tesalónica. ¿Por qué? –Porque comprobaban el mensaje comparándolo con la Escritura. Así que Pablo tenía que ser probado por el Antiguo Testamento, la Biblia de entonces. Cuando Pablo hablaba y escribía, ¿quién era la luz mayor y quién la luz menor? El Antiguo Testamento era la luz mayor, y los escritos de Pablo la menor. Pablo, la luz menor, era probado por el Antiguo Testamento, por la luz mayor.

Eso es lo que significa “mayor” y “menor”. La luz menor tiene un ámbito ceñido al presente en el momento de ser dada, mientras que la luz mayor se proyecta desde el presente en que fue escrita hacia todo tiempo posterior.

Así, cuando Dios escoge hablarnos mediante E. White, se trata exactamente del mismo principio. Nos habla ahora mediante otro mensajero que ha de ser sometido a prueba comparándolo con las Escrituras, que ahora comprenden el Antiguo y el Nuevo testamento. El canon de la Escritura es la luz mayor, y los escritos de E. White la luz menor.

¿Qué os parece? Si Dios suscitara otro profeta posterior a E. White, ¿acaso no habríamos de someterlo a prueba comparándolo con la Biblia, y también con los escritos de E. White? ¿Cuál sería entonces la luz mayor, y cuál la menor?

“Luz mayor y luz menor” nada tienen que ver con *autoridad*. No tienen nada que ver con un grado diferente de *inspiración*. Tampoco tienen que ver con mayor o menor *importancia*. Todos esos conceptos son irrelevantes a propósito del asunto de la luz mayor y menor.

Luz mayor y luz menor tienen que ver con el *ámbito* y el *propósito*. La Biblia está escrita para todos los tiempos. E. White escribió para el final mismo de los tiempos, para las últimas generaciones que vivan en esta tierra, y que hayan de atravesar los tiempos más difíciles en toda la historia humana, dentro y fuera de la iglesia, esos tiempos que están hoy ante nosotros, y que hacen necesaria la conducción especial del Espíritu.

E. White escribió específicamente para el pueblo remanente: un *ámbito* menor, un *propósito* restringido y concreto. *Nunca menor en inspiración. Nunca menor en autoridad*, puesto que se trata de la inspiración y autoridad del mismo Espíritu Santo.

“En los tiempos antiguos habló a los hombres por boca de los profetas y apóstoles. En estos días él les habla por los testimonios de su Espíritu” (*Mensajes selectos* III, 32).

“Los testimonios escritos no son dados para proporcionar nueva luz, sino para impresionar vívidamente en el corazón las verdades de la inspiración ya reveladas. El deber del hombre hacia Dios y sus semejantes ha sido especificado distintamente en la Palabra de Dios. Sin embargo, son pocos entre vosotros los que obedecen a la luz dada. No son sacadas a relucir verdades adicionales; sino que Dios ha simplificado por medio de los Testimonios las grandes

verdades ya dadas, y en la forma de su elección, las ha presentado a la gente, para despertar e impresionar su mente con ellas, a fin de que todos queden sin excusa” (*Testimonios para la iglesia* V, 649).

Si queréis conocer la voluntad de Dios sobre un tema, tenéis dos labores a las que dedicaros: Primeramente id a la Biblia. No comencéis por E. White: Es la luz menor. Comenzad por la luz mayor, por la Biblia. Puede implicar un esfuerzo, pero es vuestra labor: “Escudriñad las Escrituras”. ¿Era tarea fácil para los israelitas, comprobar cómo las Escrituras hablaban de Cristo? No resultó fácil para los teólogos de la época. La capacidad para entender, poco tiene que ver con la formación académica, y mucho con la fe y el amor. Id a la Biblia y analizad todo lo que en ella encontréis, a propósito del tema que os proponéis estudiar. Hacedlo siempre en el contexto abarcante del conflicto de los siglos entre Cristo y Satanás, y ved su relación con el gran centro: Cristo, y Cristo crucificado, así como la implicación en vuestras vidas de su mediación en el lugar santísimo del santuario celestial.

Una vez que habéis hecho lo anterior, vuestra segunda tarea es analizar los escritos de E. White. Estudiad todo lo que dice sobre el tema. Poned ambas cosas juntas, y podréis formaros una opinión respecto a cuál es la voluntad de Dios para vosotros en ese particular.

El problema viene si colocamos nuestra opinión en el lugar equivocado. No debemos colocar nuestra opinión por encima de la de E. White, tal como hemos visto que hacen algunos teólogos al colocar su opinión por encima de la Biblia. Nuestra opinión no ha de estar nunca por encima del Espíritu de profecía, sea en la Biblia o en los escritos de E. White.

Cuando encontramos una contradicción aparente entre lo que leemos en la Biblia y lo que leemos en los escritos de E. White, hacemos exactamente lo mismo que hacemos cuando encontramos una contradicción aparente entre diferentes partes de la Biblia: estudiamos en mayor profundidad. Es lo que hacemos cuando leemos a Pablo afirmar que somos justificados por la sola fe, sin las obras de la ley, y a Santiago que somos justificados por las obras, y no solamente por la fe. Cuando lo analizamos con detenimiento, aquello que parecía una contradicción, en realidad no lo es.

E. AUTORIDAD DOCTRINAL

Después de 1844 nuestros pioneros pasaban largas horas en oración y estudio, a veces noches enteras, para descubrir en la Biblia las verdades para el último tiempo. Frecuentemente llegaban a un punto en el que tenían que reconocer que no podían avanzar más. No podían llegar a ningún acuerdo en la comprensión de alguna doctrina. Cuando alcanzaban una situación de bloqueo como esa, frecuentemente sucedía esto que relata E. White:

“El Espíritu del Señor descendía sobre mí y era arrebatada en visión y se me daba una clara explicación de los pasajes que habíamos estado estudiando, con instrucciones en cuanto a la forma en que debíamos trabajar y enseñar con eficacia...

Durante todo ese tiempo, no podía entender el razonamiento de los hermanos. Mi mente estaba cerrada, por así decirlo, y no podía comprender el significado de los textos que estábamos estudiando...

Estuve en esta condición mental hasta que se aclararon en nuestras mentes todos los principales puntos de nuestra fe, en armonía con la Palabra de Dios. Los hermanos sabían que cuando yo no estaba en visión, no podía entender esos asuntos, y aceptaban como luz enviada del cielo las revelaciones dadas. Durante dos o tres años mi mente continuó cerrada a la comprensión de las Escrituras...” (*Mensajes selectos* I, 241-242 –traducción revisada-).

A fin de que se pueda comprender mejor, observemos una de esas situaciones, según relato de la propia E. White:

“Nuestra primera reunión general en el oeste del Estado de Nueva York comenzó el 18 de agosto en Volney, en la granja del hermano David Arnold. Asistieron unas treinta y cinco personas - todos los amigos que pudieron reunirse en aquella parte del Estado. Pero entre los treinta y cinco apenas había dos que tuvieran la misma opinión, ya que algunos sustentaban

graves errores, y cada cual defendía tenazmente su criterio peculiar pretendiendo que armonizaba con la Biblia.

Un hermano sostenía que los mil años del capítulo veinte de Apocalipsis estaban en el pasado, y que los ciento cuarenta y cuatro mil mencionados en los capítulos siete y catorce de Apocalipsis fueron los que resucitaron en ocasión de la resurrección de Cristo.

Estando frente a los emblemas de la agonía de nuestro Señor, a punto de conmemorar sus sufrimientos, este hermano se levantó y declaró que él no creía en lo que íbamos a hacer; que la Cena del Señor era una continuación de la Pascua, y que debía celebrarse sólo una vez al año.

Esta extraña diferencia de opinión me causó mucha pesadumbre, pues vi que se presentaban como verdades muchos errores. Me pareció que con ello Dios quedaba deshonrado. Mi ánimo se apenó grandemente y me desmayé bajo el pesar. Algunos creyeron que estaba agonizando. Los hermanos Bates, Chamberlain, Gurney, Edson y mi esposo, oraron por mí. El Señor escuchó las oraciones de sus siervos y reviví.

Entonces me iluminó la luz del cielo y pronto perdí de vista las cosas de la tierra. Mi ángel guía me hizo ver algunos de los errores profesados por los asistentes a la reunión, y también me presentó la verdad en contraste con sus errores. Los criterios discordes, que a ellos les parecían conformes con las Escrituras, eran tan sólo su opinión personal acerca de las enseñanzas bíblicas, y se me ordenó decirles que debían abandonar sus errores y unirse en torno a las verdades del mensaje del tercer ángel” (*Notas biográficas*, 120-122 –redacción revisada-).

¿Cuál habría sido vuestra reacción, de haberos encontrado aquel día en lugar del hermano Arnold? Habéis estado estudiando la Biblia con oración y perseverancia. Habéis dedicado todo el tiempo y esfuerzo posibles para comprenderla. Habéis llegado a una conclusión, y esta joven, al salir de la visión, os dice: Hermano Arnold, tiene que dejar de enseñar lo que está enseñando. ¿No sería razonable que el hermano Arnold respondiera: ‘¿Por qué? ¿Dónde está mi error? Muéstramelo en la Biblia’. ¿Era eso posible? La mente de E. White estaba en aquel tiempo bloqueada para la comprensión de las Escrituras. Cuando no estaba en visión, no podía comprender lo que los hermanos estaban estudiando. Todo cuanto podía decirle, es: ‘En visión, hace unos minutos, el ángel me indicó que lo que usted enseña es erróneo, y que debe dejar de enseñarlo’. ¿Qué habríais hecho, si hubieseis sido el hermano Arnold?

Ved cuál fue el desenlace:

“Nuestra reunión terminó victoriosamente. Triunfó la verdad. Nuestros hermanos renunciaron a sus errores y se unieron en el mensaje del tercer ángel; y Dios los bendijo abundantemente y añadió muchos otros a su número” (*Id.*).

El hermano Arnold dijo virtualmente: ‘No sé dónde estoy equivocado. No tengo idea de en qué lugar se ha desviado mi razonamiento. No sé dónde radica mi error, pero acepto como luz del Cielo lo que esta joven me está diciendo, y lo voy a reconsiderar todo desde el principio’.

¡Eso es fe! ¡Eso es dar gloria a Dios! Y no era sólo el hermano Arnold, ya que, recordad: apenas había dos que estuviesen de acuerdo.

Así es como quedaron definidas nuestras doctrinas.

Leamos algo más:

“En aquel tiempo [después del chasco de 1844] se nos presentaba un error tras otro; ministros y doctores [médicos] traían nuevas doctrinas. Solíamos escudriñar las Escrituras con mucha oración, y el Espíritu Santo revelaba la verdad a nuestra mente. A veces dedicábamos noches enteras a escudriñar las Escrituras y a solicitar fervorosamente la dirección de Dios. Se reunían con este propósito grupos de hombres y mujeres piadosos. El poder de Dios bajaba sobre mí, y yo recibía capacidad para definir claramente lo que era verdad y lo que era error” (*Obreros evangélicos*, 317-318).

Solemos pensar que E. White simplemente *confirmó* las verdades que descubrieron nuestros pioneros mediante el sólo estudio de la Biblia. Decimos que ellos las descubrieron mediante el sólo estudio de la Biblia, y posteriormente E. White lo *confirmó* mediante alguna visión o sueño proféticos. Al menos, eso es lo que yo he oído siempre.

Pero ya veis que no es así como sucedió. Al menos, no en ese período “constituyente”. Nos gustaría que hubiera sido así, pero no fue el caso. Habría sido maravilloso que E. White simplemente confirmara en visión todo lo que nuestros pioneros iban descubriendo mediante el estudio de la Biblia.

Ya hemos visto cómo frecuentemente era necesario que E. White recibiera alguna revelación para *definir* dónde estaba la verdad y separarla del error.

“Al ser así delineados los puntos de nuestra fe, nuestros pies se asentaron sobre un fundamento sólido. Aceptamos la verdad punto por punto, bajo la demostración del Espíritu Santo. Yo solía quedar arrobada en visión, y me eran dadas explicaciones” (*Id.*).

Así, nuestras doctrinas fueron formadas, no solamente mediante el estudio de la Biblia, sino mediante el estudio de la Biblia y *el testimonio del Espíritu Santo* manifestado mediante el don profético en E. White.

“Nadie intente derribar los fundamentos de nuestra fe, que fueron colocados en el principio de nuestra obra por el estudio de la Palabra acompañado de oración y por las revelaciones” (*Testimonios para la iglesia VIII, 291*).

Así, ¿qué os parece? ¿Tienen autoridad doctrinal, los escritos de E. White?

¿Debiéramos avergonzarnos de eso? Las iglesias que carecen del don profético han hecho de la necesidad virtud, declarando que la pretensión de gozar de un profeta contemporáneo es indicativa del carácter sectario de una denominación. Así, nos resulta incómoda la acusación de no basar nuestras doctrinas en la Biblia sola. ‘Sois como los Mormones’, nos espetan. ‘Ellos las basaron en Joseph Smith, vosotros en E. White, por lo tanto, sois una secta’. ¿Hemos de ocultar lo que fue una realidad de nuestra historia?

¿Cómo podemos resolver esa cuestión, bajo el desafío de tener que demostrar que no somos una secta por aceptar la autoridad de E. White, y al mismo tiempo no rechazar al Espíritu Santo -que es lo que haríamos rechazando a su mensajera-?

La resolvemos aplicando el mismo criterio que se aplicaba para determinar si Jeremías era un traidor, o si era un profeta: comparando su mensaje con la Escritura existente, a fin de saber si estaba en armonía con la verdad de la Palabra. Una vez resuelto eso, una vez que ha superado la prueba, si se trata de un verdadero profeta de Dios, entonces aceptamos su mensaje al 100% como siendo el mensaje de Dios.

Si es que E. White incorporó sus propias opiniones a lo que le es revelado en sueños y visiones, y por consiguiente hemos de discriminar entre lo que es de Dios y lo que es de ella, entonces realmente somos la mayor secta del mundo al seguirla.

¿Qué define a una secta? Cuando alguien sigue a algún ser humano, hombre o mujer, por encima de la Palabra de Dios. Cuando la enseñanza humana se pone por encima de Dios como autoridad final, eso es una secta.

Pero cuando un profeta habla en nombre de Dios, eso NO es una secta, sino la voluntad revelada de Dios para nosotros. Ese es el motivo por el que todo profeta debe ser probado. Una vez que supera la prueba, se acepta el profeta como inspirado por Dios, aunque algunas cosas nos parezcan nuevas o diferentes. ¿Dijo Pablo, en el Nuevo Testamento, algunas cosas diferentes a las que los judíos solían entender en el Antiguo Testamento, por ejemplo sobre la circuncisión? Una vez establecido como mensajero de Dios, lo que Pablo dijo sobre la circuncisión era tan exactamente válido como lo que dijo sobre la justificación por la fe, o sobre cualquier otro tema.

Probamos al profeta. Determinamos si habla de parte de Dios, y una vez que eso queda establecido, no vamos entresacando y eligiendo qué nos parece inspirado y qué no nos lo parece. Si hacemos eso, entonces somos una secta y no tenemos profeta, porque el profeta habla de parte de Dios, no de su parte.

Israel no era una secta, cuando Isaías o Jeremías profetizaban.

No podemos cambiar la historia. Hemos de aceptar los hechos de la historia tal como son, y hemos de sentirnos honrados y honrar lo que merece honra en nuestra historia, alabando a Dios por cómo nos ha

conducido hasta aquí. Nuestra misión como pueblo remanente no es demostrar que no somos una secta. Dios no nos ha llamado para eso. Nuestra misión es *dar el último mensaje de misericordia de parte de Dios, tal como hicieron fielmente Noé o Juan Bautista* sin obsesión alguna porque la iglesia creciera. Y hemos de hacerlo tal como el Señor nos ordenó, sea que el mundo postmoderno quiera oírnos, o que no quiera; sea que se nos acuse de ser una secta, o que se nos acuse de cualquier otra cosa. ¿Qué podemos esperar del *acusador* de los hermanos, excepto que nos acuse?

“No es el siervo mayor que su Señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros perseguirán” (Juan 15:20).

Las doctrinas que nos han hecho el pueblo que somos, provienen del testimonio del Espíritu de profecía, que es el Espíritu Santo, en dos manifestaciones: (1) la Biblia, y (2) las visiones y sueños proféticos de E. White: Profetas antiguos y profetas contemporáneos. Ese es el patrón habitual en la historia sagrada. Y los cuestionados fueron siempre los profetas contemporáneos:

“Ahora, como en el tiempo de nuestro Salvador, las personas construyen sepulcros y exaltan a los profetas muertos, en tanto que persiguen a los mensajeros vivientes del Altísimo” (*The Spirit of Prophecy* IV, 220-221).

¿Cuántas iglesias cristianas hay, separadas por doctrinas diferentes, todas ellas pretendiendo estar basadas en la Biblia, y sólo en la Biblia?

Nosotros, su pueblo remanente, habríamos estado exactamente en la misma confusión, de no haber contado con la dirección especial del Espíritu Santo manifestado en el don profético de E. White.

Si hubiésemos tenido que confiar simplemente en nuestros poderes de investigación sin la asistencia del don profético, estaríamos en la misma situación que la granja del hermano Arnold, o que las más de 33.000 denominaciones cristianas registradas en el mundo, que, estando enfrentadas entre sí por doctrinas divergentes, pretenden, cada una de ellas, ser la iglesia verdadera.

La gran razón por la que hay consistencia y transparencia en las doctrinas que sostenemos, es por la manifestación del don profético en E. White en los años tempranos de nuestra historia. Olvidar eso, renegar de eso, es dar la espalda a la dirección del Espíritu Santo y estar abocados a la confusión. Es gracias a eso por lo que hoy somos la única denominación que puede defender públicamente sus creencias y prácticas a la luz de la Biblia de una forma consistente.

Eso no es motivo de vergüenza, sino que es un honor. Debiéramos sentirnos muy agradecidos por la forma milagrosa en que el Señor, en su misericordia, nos ha dado luz, corrección y dirección.

“Josafat, puesto en pie, dijo: ‘Oídme, Judá y habitantes de Jerusalén. Creed en Jehová, vuestro Dios y estaréis seguros; creed a sus profetas y seréis prosperados’” (2 Crón. 20:20).

¿Tiene sentido que busquemos la prosperidad de la iglesia alejándonos de “sus profetas”?

“Después que los hombres han hecho su obra para debilitar la confianza de nuestra iglesia en los testimonios, destruyen la barrera para que la incredulidad con respecto a la verdad se extienda ampliamente; y ninguna voz se eleva para detener la fuerza del error.

Esto es precisamente lo que Satanás se propuso que ocurriera, y los que han estado preparando el camino para que la gente no prestara atención a las advertencias y los reproches de los testimonios del Espíritu de Dios, verán que una ola de errores de toda clase aparecerán. Pretenderán que usan las Escrituras como evidencia, pero los engaños de Satanás prevalecerán en toda forma” (*Mensajes selectos* III, 92).

¿Cómo podemos estar seguros ante los engaños de Satanás?

“Pero todos los que crean que el Señor ha hablado por medio de la hermana White y le ha dado un mensaje, estarán seguros frente a los muchos engaños que vendrán en estos últimos días” (*Id.*).

¿Comprendéis la importancia de ese asunto, en el tiempo en que vivimos? Si creemos y aceptamos la dirección profética de Dios para el pueblo remanente, tenemos todas las posibilidades de resistir en los tiempos peligrosos que están ante nosotros, pero si no lo hacemos, *no tenemos la más mínima posibilidad.*

¿Creéis que podemos enfrentarnos a Satanás y a sus engaños de toda índole para los últimos días con nuestra propia sabiduría, tras haber relegado el don profético al trastero, a modo de reliquia sin autoridad ni valor práctico para el presente?

Considerad el carácter *sutil* y multiforme de la oposición al Espíritu de profecía. Recordad que en la era de 1888, los que rechazaron el mensaje de la justificación por la fe y resistieron la lluvia tardía y el fuerte pregón, fueron los que se decían defensores del adventismo histórico, los que se decían creyentes a ultranza en el don profético manifestado en E. White. El posterior “traslado” de la profetisa a Australia, una vez que ella apoyó explícita y enfáticamente a los pastores Waggoner y Jones, demostró cuál era en realidad la calidad de ese apego que le profesaban los dirigentes de la obra.

Que nadie piense que podrá subsistir mientras desprecia o ignora las lecciones de nuestra historia, y la guía profética que Dios nos ha dado, precisamente para que estemos preparados ante los últimos engaños de Satanás en la resolución final del conflicto de los siglos. No confiéis en vuestra sabiduría, no confiéis en vuestras fuerzas ni en vuestro propio juicio. No confiéis en lo que os rodea ni en la sabiduría de cuantos os rodean.

Si E. White habló de parte de Dios, sus escritos tienen la misma *autoridad* que los de Pablo. Si E. White escribió inspirada por Dios, yo seré juzgado por lo que ella escribió, tanto como lo seré por lo que escribió Moisés o Pablo.

Estudad a E. White por vosotros mismos. Tomad el tiempo necesario. Es un asunto vital: Decidid por vosotros mismos si E. White habla de parte de Dios, o si no lo hace. Y seguid su propio consejo: Si no habla de parte de Dios, rechazadla: no en parte, sino totalmente. Y si habla de parte de Dios, creedla: no en parte, sino totalmente.

Todos tenemos en nuestras propias familias, o entre nuestras amistades, a personas que amamos y que nos apena que no estén caminando con el Señor. Oramos por ellas, para que respondan a los llamados del Espíritu Santo a entregarse al Señor. Y nos alegramos cuando alguna de esas personas ingresa –o reingresa- en las filas de la iglesia adventista. Sentimos que Dios ha respondido nuestras oraciones.

Ahora, ¿qué os parece si esas almas rescatadas de situaciones extremas, al ingresar en la iglesia oyen decir a quienes los rodean: ‘¿Sabes?: No podemos tomarnos muy seriamente a E. White, ya que sus consejos están anticuados y ya no son relevantes para nosotros hoy. Sólo unos pocos fanatizados la siguen. ¡Desde el siglo XIX los tiempos han cambiado! Además, no era teóloga y carece de autoridad doctrinal’.

¿Qué mensajes os parecen más anticuados? ¿Los de Isaías, los de Pablo, o los de E. White? ¿Cuánto más han cambiado los tiempos, desde que escribió Moisés, Isaías o Pablo?

“Precisamente, el último engaño de Satanás se hará para que no tenga efecto el testimonio del Espíritu de Dios. ‘Sin profecía el pueblo será disipado’ (Prov. 29:18)” (*Mensajes selectos* I, 54).

“Se encenderá un odio satánico contra los testimonios” (*Id*, p. 55).

Jesús relató tres parábolas para ilustrar la pérdida espiritual: La oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo. ¿Sabéis cuál es, de entre las tres, la situación más peligrosa en la que puede uno estar? No es la oveja: esta sabe bien que está perdida y se aprestará a aprovechar toda oportunidad que se le brinde para regresar al redil. El hijo pródigo está perdido, pero sabe que está perdido. Puede sentir agudamente las consecuencias de su engaño, y tiene la oportunidad de volver al hogar.

La situación más desesperada es la de la moneda perdida. ¿Dónde está perdida? –En casa. Allí mismo, en la iglesia. Y no sabe que está perdida.

¿Cuál es la situación más peligrosa para vuestro ser querido? ¿Perdido en el mundo, donde el Espíritu Santo podía convencerlo de pecado y llevarlo al arrepentimiento? ¿O bien en la iglesia, tranquilo, tibiamente feliz, pensando que todo está bien con él, pues está a la par con los que allí lo rodean?

Hemos leído que “después que los hombres han hecho su obra para debilitar la confianza de nuestra iglesia en los testimonios... verán que una ola de errores de toda clase aparecerán...”

La que sigue es una de las declaraciones más penosas y dramáticas del Espíritu de profecía:

“La norma no debe ser puesta tan abajo que los que acepten la verdad violen los mandamientos de Dios mientras dicen obedecerlos. Es mejor, mucho mejor, dejarlos en las tinieblas hasta que puedan recibir la verdad en su pureza” (*Mensajes selectos* III, 296).

Nuestra condición espiritual puede hacer que sea “mejor, mucho mejor, dejarlos en las tinieblas” (el contexto era, en aquel caso, la falta de respeto al sábado). ¿No os parece muy triste, que la situación de la iglesia remanente pueda hacer preferible que las personas permanezcan en las tinieblas del mundo, en lugar de ser incorporadas a la iglesia?

La iglesia remanente, Laodicea, necesita prestar atención al llamado del Testigo fiel y verdadero. Necesitamos arrepentirnos antes de estar en condiciones de poder invitar al mundo a que se arrepienta. Cuando se haya dado el arrepentimiento en el pueblo de Dios, él derramará su Espíritu Santo abundantemente, y no hará falta ir a las iglesias caídas a aprender estrategias para la evangelización, porque con la lluvia tardía vendrá, desde el lugar santísimo donde Cristo ministra, el amor, la sabiduría y el poder que revolucionaron el mundo en Pentecostés, y que ahora lo van a hacer en una intensidad todavía mayor.

Os remito a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros. A fin de que se cumpla la voluntad de Dios en nosotros, su pueblo, hemos de prestar oído a su voz en el Espíritu de profecía. Es la voz dulce, misericordiosa y poderosa del propio Jesús, y necesitamos escucharla más que cualquier otra cosa.

www.libros1888.com